

Prólogo de las Actas del Capítulo General de la Orden de Predicadores que se llevó a cabo en Bolonia, Italia, de 16 de julio al 4 de agosto de 2016

Las Actas de los capítulos generales son documentos que contienen ordenaciones, recomendaciones, exhortaciones sobre la misión y la vida de los frailes. Precede a estas cuestiones puntuales un prólogo que indica su sentido y porqué, expresa también cómo entender hoy en día la misión de la Orden de Predicadores.

Prólogo

Enviados a predicar la gracia y la misericordia

En este Capítulo General de Bolonia iniciamos una nueva etapa en nuestro camino de predicación itinerante. Hemos comenzado las sesiones capitulares encontrándonos con los jóvenes en formación que habían peregrinado ‘por los pasos de Santo Domingo’, en el VIII centenario de la aprobación de la Orden. Este encuentro nos ha animado e interpelado. Junto con ellos queremos renovarnos y conseguir nuevos impulsos en el lugar donde nuestro Padre renació a la vida definitiva. A él le pedimos que nos acompañe en esta tarea, cumpliendo así su promesa de ‘ser más útil a los hermanos’.

La coincidencia providencial del *Jubileo de la Orden* y del *Jubileo extraordinario de la Misericordia* nos da la oportunidad de reflexionar bajo una nueva luz sobre nuestra vida y misión de predicadores. Somos dominicos por gracia de Dios. Al inicio de este camino nos preguntaron: ‘¿Qué pedís?’ Y respondimos: ‘la misericordia de Dios y la vuestra’. A partir de ese momento comenzamos la vida dominicana, colmada por la bondad de Dios, y ejercemos el ministerio de la Palabra como *misericordia veritatis* (*ACG Providence 2001, 107*). El Papa emérito Benedicto XVI nos recuerda que “ninguna acción es más benéfica y, por tanto, caritativa hacia el prójimo que partir el pan de la Palabra de Dios, hacerle partícipe de la Buena Nueva del Evangelio, introducirlo en la relación con Dios” (*Mensaje de Cuaresma 2013, n. 3*).

El ministerio de la Palabra es, de hecho, un acto de caridad, de misericordia y de generosidad que nos impulsa a compartir nuestro mayor tesoro, la Palabra-hecha carne. Verdaderamente, ‘la mayor obra de caridad es la evangelización’. Predicar o enseñar, alimentados por el estudio asiduo, es visto con razón como una obra de caridad y como expresión de nuestra misión profética dominicana. Por otra parte, las obras de misericordia corporales y espirituales son una predicación, porque proclaman el amor misericordioso de Dios.

La Orden, desde sus orígenes, ha cumplido con este ministerio, que no ha sido otro que la misión a la que estamos llamados en la actualidad: ‘somos enviados a predicar el Evangelio’. El último Capítulo General señaló con precisión cuáles son las preguntas que nos ayudarán a renovarnos (cf. *ACG Trogir 2013, 50 y 51*).

En Bolonia hemos recordado lo señalado en Trogir, y hemos constatado que la predicación de la Orden está marcada por algunas claves fundamentales que sostienen nuestra vocación, dan sentido a nuestra vida e impulsan nuestra misión y nos invita a compartir el evangelio con un mundo sufriente. Estas claves se señalan en el texto de Lucas 10,1-20, cuando los discípulos son enviados a predicar, mostrándoles quién los envía, cómo son enviados, para qué los envía, a dónde los envía y cuáles han de ser los frutos del envío.

El Señor designó a otros setenta y dos

¿Quién los envía? Después de haber reunido a los doce y de haberlos enviado a predicar el reino de Dios, *el Señor designó a otros setenta y dos* para realizar el mismo cometido. Ahora Él envía a toda la Familia Dominicana a proclamar la Buena Noticia como testigos de ese reino y nos hace partícipes de la misión apostólica. Somos enviados a predicar el Evangelio a los hombres y mujeres de nuestro tiempo con una vitalidad siempre nueva.

Nuestro envío se sustenta en la confianza que Dios ha puesto en la Orden de Predicadores. Esta confianza permanente nos renueva en cada momento histórico dentro de la Iglesia y refuerza nuestra relación de amistad con el Señor; reclama fidelidad a la escucha de la Palabra; pero también requiere un encuentro confiado con el mundo, y responsabilidad y compromiso con las situaciones humanas de mayor vulnerabilidad. Así es como las exigencias de la amistad en los predicadores de la gracia renuevan la conversación con el mundo.



Una conversación de amistad con Dios y con el mundo hace posible una predicación más positiva y descubre la gracia de Dios en cuantos nos rodean; pone más fuerza en las posibilidades del ser humano que en sus límites; aprecia la capacidad humana para el bien y la reconciliación; y expresa así una cierta complicidad entre Dios y el predicador.

Santo Domingo envió a sus frailes a estudiar, predicar y fundar conventos, mostrando una gran confianza en sus hermanos. Estas tareas nos manifiestan que la vida comunitaria, el estudio y la predicación son fundamentales en nuestra identidad. Predicamos juntos cuando juntos oramos, crecemos en nuestra fraternidad y estudiamos la Palabra.

La Orden hoy asume el desafío de renovar su obediencia a Dios y a su Palabra que se encarna en el mundo. Para que esta renovación sea auténtica tenemos que escuchar los clamores de la humanidad. De esta forma nuestra predicación brotará no de nosotros mismos, sino de un Dios que habla a su pueblo.

Los envió de dos en dos

¿Cómo son enviados? El Señor, al igual que a los otros setenta y dos, nos envía de dos en dos. Él va con nosotros como fue con los discípulos de Emaús. Somos enviados como comunidad, al compartir la misión de Domingo con innumerables hermanos y hermanas que han asumido la predicación itinerante a lo largo de los siglos atravesando países y continentes. Somos enviados de dos en dos a una misma misión y desde una misma profesión religiosa, unos en el sacerdocio común y otros en el ejercicio del sacerdocio ministerial.

Hemos sido enviados como hermanos para construir comunidades. La vida fraterna y contemplativa forma parte de nuestra misión. Para un dominico el testimonio de una vida en comu-

nidad es algo que puede ser difícil de lograr, pero que debería ser gratificante para nosotros y edificante para los demás. La vida fraterna es constitutiva de la identidad del predicador. La unanimidad de corazón y de mente es una forma elocuente de predicación, ya que otorga credibilidad a la misión; ¿cómo podríamos predicar el amor de Dios sin construir comunidad con los hermanos?, porque ahí es donde crecemos y maduramos en la caridad. Por esta razón la comunidad dominicana es denominada *sancta praedicatorio*.

Jesús, antes de enviarlos de dos en dos (Lc 10), había enviado a los doce para proclamar el Reino y traer la salvación (Lc 9). Los enviados pueden variar en número, e incluso las realidades a las que son enviados pueden cambiar,

pero esto no altera la misión de predicar la verdad en la caridad (Ef 4,15). Lo que si exige es que adaptemos nuestro lenguaje para comunicar la Palabra en diálogo con los diversos pueblos y culturas, y que renovemos nuestras estructuras para vivir en medio de las condiciones cambiantes del mundo actual.

Desde los orígenes fuimos concebidos como familia, y así es como hemos de cumplir hoy también la tarea de la predicación sostenidos por la

oración de nuestras monjas, acompañados por las hermanas de vida apostólica, por la colaboración de las fraternidades sacerdotales y laicales, por los institutos seculares y animados por el espíritu de los miembros del Movimiento Juvenil Dominicano. Durante el capítulo hemos compartido las ilusiones y desafíos de las distintas ramas de nuestra familia, reafirmando nuestra comunión. Juntos hemos buscado con creatividad la mejor manera de responder a nuestra vocación.

Curad a los enfermos y decid: El Reino de Dios está cerca

¿Para qué los envía? Jesús envía a sus discípulos en recíproca dependencia con la humanidad; les dice: ‘comed lo que os pongan’. Los predicadores somos enviados a compartir el pan de la Palabra, dispuestos a recibir lo que nos puedan dar; alimentar con la Palabra y ser alimentados por aquellos a los que servimos. Este mandato de Jesús expresa una fragilidad. He aquí la paradoja del predicador que experimenta, por un lado, la fuerza de la palabra de vida que sana y levanta y, por otro, la fragilidad de los medios de los que dispone para anunciarla en la debilidad de su existencia, llegando incluso a depender de la benevolencia de los que la acogen. En esta vulnerabilidad es donde el predicador experimenta la confianza que conduce a la audacia del sembrador de la Palabra. La mística del predicador es, pues, la del sembrador. Éste siembra y cuida lo sembrado. La germinación, el crecimiento y la cosecha dependen del dueño de la mies y constituyen un misterio del que maravillarse.

En segundo lugar, Jesús vive y comparte con sus discípulos, y luego los envía a anunciar lo que han vivido y compartido con Él, es decir, el Reino. Al ser llamados a la predicación hemos sido invitados a vivir con Él, a anunciar la Palabra y a realizar sus mismas acciones. *Contemplari y aliis tradere* son los dos polos de nuestra vida. Anunciar la cercanía del reino de Dios y curar a los enfermos nos acerca a los lugares donde la armonía del ser humano y de nuestras sociedades está rota.

Allí donde están los pobres y los más pequeños, allí está Dios. Su presencia impide que sean olvidados e ignorados. El predicador, signo de la esperanza y de la bondad de Dios, deberá estar allí para hacer presente a Dios. En cada uno de estos más pequeños está presente Cristo mismo. Su carne se hace de nuevo visible para que nosotros lo reconozcamos, lo toquemos y lo asistamos con cuidado (cf. *Misericordiae Vultus*, n. 15).

En tercer lugar, somos enviados a predicar la misericordia de Dios y nuestra reconciliación con Él y con los hermanos (cf. 2 Cor 5, 20). La predicación dominicana, al igual que la de Domingo, debe pacificar las relaciones heridas y traer paz al mundo. Por eso debemos entender que la predicación de la misericordia es una misión de sanación. Nuestro camino de predicadores es un camino de sanación interior, un camino de reconciliación en las comunidades y en las provincias. De esta manera alabaremos, bendeciremos y predicaremos el Evangelio de la alegría, de la paz y de la reconciliación.

Finalmente, aunque nuestra predicación debe ser sanadora, a lo largo de la historia hemos cometido errores que han dañado a muchas personas, incluyendo a nuestros propios hermanos. En este tiempo jubilar necesitamos reconciliarnos con aquellos a los que hemos herido con nuestras infidelidades, soberbia y excesivo celo en defender cuestiones no tan fundamentales.

A los lugares (ciudades) adonde Él debía ir

¿Adónde los envía? Los envía, ‘a los lugares adonde Él debía ir’. Santo Domingo predicó la alegre noticia de la ‘Palabra hecha carne’ en tiempos de

confusión en la fe y crisis en la Iglesia. Hoy vivimos en un mundo globalizado que nos muestra diversas realidades complejas. Hay lugares del

mundo sumidos en el materialismo, el secularismo, el ateísmo, la polarización política, el desarrollo económico insolidario, la marginación y la indiferencia, el individualismo, la violencia social, la discriminación racial y las amenazas a la institución del matrimonio y de la familia. En otros lugares se vive en extrema pobreza, bajo la violencia de la guerra, del abuso impune de los derechos humanos, del fundamentalismo religioso, del terrorismo y la corrupción. Todo ello nos produce ansiedad y desesperación.

Nuestra predicación se contextualiza no solo en los lugares donde estamos, sino en las personas que habitan en ellos; en

los hombres y mujeres que necesitan el anuncio de la esperanza fundada en Cristo. Por eso, en este Capítulo General la Orden se ve comprometida con los migrantes y desplazados; con los pueblos indígenas; con los que profesan otra religión, pertenecen a otras iglesias cristianas o son indiferentes a la fe; con los olvidados; con los no nacidos, los jóvenes y los ancianos; con los enfermos, los presos, los condenados a



muerte, etc. Esto nos lleva a renovar nuestro compromiso con la vida y con la formación y promoción humana en la pastoral, universitaria, parroquial y de salud.

En la actualidad la Orden se ve enviada a predicar en el ‘continente digital’, realidad que también necesita ser evangelizada. Los avances tecnológicos nos ofrecen un poderoso instrumento de predicación. Internet y las redes sociales se han convertido en un nuevo púlpito que nos sirve para el anuncio y para propiciar el diálogo y la interacción en una sociedad polarizada y dividida.

Nuestra predicación, motivada por la misericordia, no puede ser ajena a la reconciliación entre la humanidad y la creación. Los cambios ecológicos globales han avanzado rápidamente en las últimas décadas, afectando a los más pobres y vulnerables. Va creciendo la sensibilidad frente a este desafío. El Papa Francisco, en su encíclica *Laudato Si'*, hace un llamamiento a la acción responsable con la tierra y a la necesidad de un ‘equilibrio ecológico’ por el bien común.

Volvieron llenos de gozo

¿Cuáles han de ser los frutos del envío? Los discípulos volvieron llenos de gozo después de haber cumplido con su misión. En este año jubilar son muchos los motivos de alegría para la Orden. Damos gracias a Dios por ellos, porque su misión sigue vigente; porque Dios nos abre nuevos escenarios de predicación; porque nos bendice con la vocación de los que ya estamos en la Orden y también con la de aquellos que se integran en nuestra familia.

Los discípulos vuelven llenos de gozo sabiendo que la predicación no es un simple anuncio, sino un compromiso pascual: morir a uno mismo para anunciar la vida. El predicador va entregando la vida en su caminar. Algunos incluso en situaciones de violencia y rechazo;

otros, en silencio, dan testimonio de la Pascua esforzándose diariamente por ser fieles a su vocación; y algunos miembros de nuestra familia, de manera más sublime, derramaron también su sangre a lo largo de la historia, como fr. Pierre Claverie, O.P., que fue asesinado hace veinte años por servir al Evangelio en medio de una sociedad fragmentada. Sin embargo, unos y otros se llenaron de alegría porque comprendieron que el ‘valor’ de la vida se encuentra en la capacidad de darla por los demás.

En el camino de la predicación no todo es fácil. ‘Hay mucho polvo en las sandalias de los predicadores que ha de ser sacudido’. Debemos desprendernos del individualismo, de las infidelidades, de la falta de identidad, del temor, de la

autorreferencia, cuando olvida que somos servidores de una misión común. Aferrarnos a oficios, lugares y comunidades o preferir una pastoral de conservación y menos creativa puede reducir nuestra audacia en la predicación. Como ya hemos señalado, en los escenarios de la predicación no todo es favorable, y esto puede generar en el predicador actitudes negativas o de desánimo, de lo cual también debe desprenderse. ‘Sacudir nuestras sandalias’ es importante para que nada empañe nuestro gozo.

La alegría de los discípulos no radica tanto en lo que han hecho por sí mismos cuanto en haber servido a la humanidad ‘en el nombre de Jesús’. Volver como discípulos al lado del maestro no es olvidar al mundo, sino compartir con Jesús las heridas de la gente. Así lo hizo Domingo: ‘después de hablar de Dios a los hombres, hablaba de los hombres con Dios’. Empezar el camino de retorno a Dios es volver a centrar nuestras vidas en Aquel que nos envió. Esta es la *vera laetitia praedicatoris*.

Nada podrá dañarlos. Sus nombres están escritos en el cielo

Santo Domingo no dejó ninguna homilía escrita. De él solo tenemos pocos escritos, pero toda su vida es una predicación, y la Orden que él fundó es su mejor homilía. Hoy los dominicos nos debemos sentir parte de esta *praedicatio* de Santo Domingo, porque somos las palabras con las que él sigue predicando en la historia.

El primer Capítulo General de la Orden tuvo lugar en Bolonia; aquí mismo, celebrando el VIII centenario, reconocemos con memoria agradecida la acción del Espíritu e invocamos la gracia

providente y la misericordia de Dios para continuar la misión a la que hemos sido convocados.

El futuro se nos presenta con muchos desafíos y tareas. Sin embargo, la Orden renueva su confianza en Dios y su esperanza en el compromiso de los hermanos, especialmente de los más jóvenes, porque somos conscientes de que tenemos una gran historia que contar y un gran futuro que construir. Por eso, en este Jubileo nos sentimos nuevamente enviados a alabar, bendecir y predicar.



En misión evangélica

Los Evangelios de Mateo (10,5-15), Marcos (6,8-13) y Lucas (9,2-6) relatan cómo envía Jesús a predicar a los apóstoles de dos en dos. Lucas (10,1-20) añade otro envío de setenta y dos discípulos. El Prólogo de las Actas del reciente Capítulo General de Bolonia comenta este pasaje de Lucas.

Publicamos el Prólogo de las Primeras Constituciones de 1216 acerca de la vida en común y de 1220 sobre la predicación, el estudio y la salvación de las almas. Un estudioso de estas Constituciones, fr. A. H. Thomas, identificó otro texto de 1216, escrito probablemente por santo Domingo en Tolosa, reelaborado en el primer Capítulo General de 1220 en Bolonia, que él llama Speculum praedicatorum – Espejo de los predicadores. Presentamos este texto inspirado claramente en los pasajes evangélicos citados.

Prólogo de 1216 y 1220 de las Primeras Constituciones

Puesto que por precepto de la Regla [de San Agustín] se nos ordena tener un solo corazón y una sola alma en el Señor, es justo que quienes vivimos bajo una misma regla y bajo el voto de una misma profesión nos comportemos uniformemente en la observancia de la religión canonical con el objeto de que la unidad interior que ha de haber en nues-

tros corazones, sea favorecida y reflejada por la uniformidad exterior manifestada en las costumbres. Lo cual, en verdad, se podrá cumplir y retener en la memoria con tanta más facilidad y perfección si quedasen consignada por escrito todas aquellas cosas que se han de observar, a fin de que la escritura declare a todos la forma de vida que han de

seguir, sin que sea permitido a nadie cambiar, añadir o atenuar cosa alguna por propia voluntad; no sea que si somos negligentes en las cosas pequeñas, vayamos, poco a poco, decayendo.

En esto, sin embargo, el superior tendrá en su convento facultad de dispensar a los frailes algunas veces cuando lo creyere conveniente, principalmente en todo aquello que pareciere

impedir el estudio, la predicación o el provecho de las almas, ya que nuestra Orden, como sabemos, fue instituida especialmente y desde el principio para la predicación y la salvación de las almas, y nuestro estudio debe ordenarse ante todo, principalmente y con el máximo esfuerzo a que podamos ser útiles al servicio de las almas de nuestros prójimos.

Speculum praedicatorum

Quienes son aptos para la predicación, cuando hayan de salir a predicar, el prior les asignará los compañeros, según lo juzgue conveniente por su conducta y dignidad. Los cuales, partiendo después de recibir la bendición, en todas partes, como varones que desean su salvación y la de los demás, pórtense honesta y religiosamente como hombres evangélicos, siguiendo las huellas de su Salvador, hablando consigo y con los prójimos, con Dios o de Dios, y evitarán la familiaridad de toda compañía sospechosa.

Yendo a desempeñar dicho oficio de la predicación o viajando por otros motivos, no tomarán

ni llevarán oro, plata, dinero u otros regalos, excepto la comida, el vestido y la ropa necesaria y los libros.

Todos lo que están consagrados al oficio de la predicación o al estudio no tengan cuidado o administración alguna de cosas temporales, para que puedan expeditamente y mejor cumplir el ministerio que se les ha encargado acerca de las cosas espirituales, a no ser que no haya otro alguno que pueda procurar las cosas necesarias, dado que en las necesidades de hoy día es preciso que alguna vez se ocupen de ellas. No intervengan en pleitos y causas a no ser por los asuntos de la fe.

